

Operación Jaque Mate

Mientras el país celebraba uno de los golpes militares más contundentes a las Farc -y a Chávez- quitándoles el botín de los secuestrados, la izquierda latinoamericana, representada en el Foro de Sao Paulo, a lo Bobby Fischer, planeaba su jugada maestra. Entendieron que para llegar al poder no bastaban las armas y los secuestros, sino aplicar la combinación de todas las formas de lucha. Su estrategia incluía no solo apoderarse del negocio del narcotráfico para financiar la guerra -haciéndose millonarios en el proceso-, sino infiltrar todas las instituciones para desestabilizar el orden social y acabar con el modelo económico capitalista que tanto dicen despreciar, pero que gozan a sus anchas.



ANDRÉS OTERO LEONGÓMEZ
Consultor en investigaciones e inteligencia
@oteroand

La realidad es que lo que vivimos hoy en Colombia no es producto de una reforma tributaria inoportuna y mal presentada, o de la protesta social, o de la falta de autoridad de Duque, o de un puñado de vándalos narcoterroristas enquistados en el sur del país. Es el resultado de una estrategia de más de 20 años en su ejecución y que ya ha llevado a varios conversos -incluyendo a gran parte de la clase dirigente- a replantearse el modelo socioeconómico del país. Plan maestro orquestado por ideólogos, estrategas, gobiernos extranjeros, sindicatos, narcotraficantes, periodistas y una mano de "idiotas útiles", que insisten en vender la idea de que hay que escuchar a los jóvenes y cerrar la brecha de inequidad social que se acentuó con la pandemia. Si fuese así, ¿por qué no está incendiado todo el continente, desde México hasta Argentina?

de vándalos narcoterroristas enquistados en el sur del país. Es el resultado de una estrategia de más de 20 años en su ejecución y que ya ha llevado a varios conversos -incluyendo a gran parte de la clase dirigente- a replantearse el modelo socioeconómico del país. Plan maestro orquestado por ideólogos, estrategas, gobiernos extranjeros, sindicatos, narcotraficantes, periodistas y una mano de "idiotas útiles", que insisten en vender la idea de que hay que escuchar a los jóvenes y cerrar la brecha de inequidad social que se acentuó con la pandemia. Si fuese así, ¿por qué no está incendiado todo el continente, desde México hasta Argentina?

LO QUE VIVIMOS HOY EN COLOMBIA NO ES PRODUCTO DE UNA REFORMA TRIBUTARIA INOPORTUNA

Empezaron por estructurar un proceso de paz que les rindiera el país a sus pies. Permearon los organismos internacionales y la rama judicial, asegurando que sus delitos de lesa humanidad y sus actuaciones futuras tuvieran un velo de justicia social. Se tomaron la academia y el magisterio público, para adoctrinar a jóvenes y sacrificarlos como parte de la primera línea. Trataron de infiltrar las Fuerzas Armadas -como lo hicieron en Venezuela- y, como no pudieron implantar ese cáncer institucional, procedieron a destrozar la reputación y moral de la tropa.

Lo que sigue para la izquierda latinoamericana, encarnada hoy en Petro, es la completa desinstitucionalización del país, como quedó registrado en las encuestas de la semana pasada. Con el paro, están logrando la destrucción del aparato productivo y el empobrecimiento total de la clase media y de los menos favorecidos. Seguirán con la reestructuración del sistema pensional y de salud, para así quitarle el control a los bancos y quebrar el sistema financiero. Montados en el caballito de la corrupción, nos tratarán de convencer de que es necesaria una constituyente para lograr una verdadera reforma integral de la justicia, mientras debajo de la mesa meterán el mico de la reelección, para perpetuarse en el poder.

Al comienzo todos aplaudirán y se llenarán de júbilo, señalando las mentiras de Uribe y su tesis castrochavista, como hicieron con el plebiscito por la paz.

Una vez anestesiados, vendrá la toma de Ecopetrol y otras industrias estratégicas, marcando el fin del derecho a la propiedad privada y el libre emprendimiento. Cuando despertemos de la pesadilla habremos entendido que la partida la perdimos décadas atrás, el día que sacrificaron su primer peón.



JULIO LIRA SEGURA
Director periodístico Gestión

Más que una elección

"Que Dios nos ayude" fue la frase final del presidente del Consejo de Ministros y ministro de Economía, Juan Carlos Hurtado Miller, luego de anunciar las primeras medidas económicas el 7 de agosto de 1990 al inicio del gobierno de Alberto Fujimori. Con ese ajuste comenzaba un periodo de cambios de la economía peruana en un momento en el que el país estaba prácticamente quebrado. Gestión, que nació al mes siguiente y acompañó todo el proceso de transformación económica, siempre consideró que era necesario, dada la caótica situación que se afrontaba, tras décadas de fracasos en que el Estado tuvo un rol preponderante. Hoy, 31 años después, el Perú enfrentará el próximo domingo 6 de junio una elección presidencial donde hay el riesgo de volver a las décadas del 70 y 80 del siglo pasado, años de triste recordación.

Durante las tres últimas décadas los resultados muestran crecimiento, reducción de la pobreza y desigualdad, así como el resurgimiento de la clase media. Sin embargo, en la campaña electoral se ha difundido la idea de que estamos peor que anteriores décadas. Eso no es cierto.

Y no es que en los últimos 31 años la economía haya tenido solo un curva ascendente y la crisis política -con la corrupción-

estuviera ausente, pero la necesidad de enmendar rumbos no significa destruir lo avanzado y retomar ese carácter recurrente de ser fundacional cada vez que se inicia un gobierno. Hoy no es prioritario una nueva Constitución, prioridades como superar la pandemia y la crisis económica sí lo son.

LA NECESIDAD DE ENMENDAR RUMBOS NO IMPLICA DESTRUIR LO AVANZADO

El país afronta una recuperación con sobresaltos marcada por las elecciones, en momentos en que se tienen vientos de cola a favor que muestra la economía mundial, como es el caso de los precios de los metales. Los temores sobre el futuro se reflejan en las señales de corto plazo como el alza del tipo de cambio y la reciente decisión de la agencia Moody's de poner en perspectiva negativa la calificación crediticia de Perú, aunque manteniendo el grado de inversión. Simultáneamente, hay riesgos de convulsión social, de autoritarismo, de que se acentúe el populismo económico, de la politización creciente de las decisiones de política económica, de menospreciar el rol de las empresas privadas, de poner en entredicho la propiedad privada, y

todo ello tendrá resultados ya conocidos, y que en los últimos años se han visto en experiencias de algunos países de la región. El impulso a la productividad y competitividad como ejes de las políticas económicas también pueden quedar de lado si el rol del Estado vuelve a tener preponderancia.

A lo anterior hay que agregar que un gobierno no puede estar basado en la improvisación, en la falta de un equipo de gobierno y de experiencia en la gestión pública, pues no solo se pone en peligro lo logrado, sino que puede tener un efecto perverso para los más pobres, a quienes se supone están dirigidas las propuestas.

Los retos que están sobre la mesa para el próximo gobierno no son pocos. Indudablemente hay que hacer cambios en la política económica, como más de una vez hemos señalado en Gestión. Los objetivos de recuperar el crecimiento son la condición necesaria pero no suficiente. También se deberá reconstituir la institucionalidad -paso imprescindible para combatir la corrupción y fomentar la economía de mercado- y ocuparse de la población vulnerable sin clientelismo.

Quedan seis días de reflexión. Lo que está en juego es más que una elección.

La ilusión del indulto



GUILLERMO CÁDIZ
Socio en Cádiz Muñoz Mejía Abogados
@guillermocadiz

Se cumple un mes desde que se reanudaron las protestas en Colombia. La forma en que se analizan y se decantan las decisiones del presidente Iván Duque y su grupo de asesores en temas tan trascendentes para el país me hace recordar al psicólogo Viktor Frankl y su libro 'El hombre en busca de sentido'.

Esta obra describe muchos sucesos vividos en los campos de concentración del Holocausto nazi y, en especial, una condición que denominó "la ilusión del indulto". Este efecto psicológico no es más que un estado de ánimo, un mecanismo de defensa y autoengaño, que nos hace creer en la falsa esperanza de que ese hecho doloroso esperado tomará un giro diferente en el último minuto. Es la ilusión del indulto que experimenta el condenado a muerte, quien se resiste al desahucio de un familiar y quien agoniza conscientemente, hecho que parecía presentarse con frecuencia en los campos de concentración y en el grupo de personas que lo acompañaban en tan difícil circunstancia. Incluso cuando los reclusos de los campos de concentración iban camino a las cámaras de gas experimentaban la ilusión.

Hoy, luego de un mes de reconocerse las protestas en Colombia y sin que el Gobierno tenga una brújula que le permi-

ta ofrecer soluciones reales y estructurales, acorralado políticamente, escondido en el burdo disfraz de un tipo duro y con el miedo de pasar a la historia como el presidente que tuvo que renunciar por no tener la audacia suficiente para manejar la crisis y la deuda histórica, el mandatario da entrevistas a medios internacionales como si en Colombia no estuviera pasando nada y creyendo falsamente en que todo se va a solucionar por arte de magia. ¡Nada más contrario a la realidad!

Ni estamos cerca de ser Silicon Valley, ni los acuerdos que el presidente está firmando -solo para tratar de apagar el incendio- son suficientes para contener las décadas de olvido y marginalización a las que se ha sometido a millones de colombianos que hoy son noticia porque decidieron dejar de ser una estadística para reclamar lo que justamente les corresponde: el ejercicio de los derechos.

No es cierto que en Colombia cierto grupo de la población tenga acceso a la administración de justicia para hacer valer sus derechos, o que en el país todos tengamos garantizados derechos tan esenciales como la salud y la educación. Es muy distinto que algunos ciudadanos podamos disfrutar de casi todos nuestros derechos a generalizar que, porque algunos po-

demo, todos los ciudadanos pueden. ¡Empecemos por quitarnos la venda los ojos!

No es mentira que Colombia es un país desigual desde su historia democrática. Tampoco lo es que el problema es estructural y no se resuelve con soluciones simplistas e individualistas. Lo que sí es cierto es que la situación que vive Colombia no es otra cosa que el hastío por tantos años de desconexión y olvido. No podemos permitirnos el "lujo" de ser gobernados por personas que no ven más allá de su propia realidad y que están privilegiando intereses personales por encima de los del país. Tal como lo decía en la columna anterior, los mensajes del presidente Duque y de este Gobierno son lo suficientemente claros para entender que están tratando de aguantar la embestida para llegar al final del mandato, pero no para privilegiar lo que realmente necesita Colombia.

Señor presidente, es el momento de dejar de evitar tomar las decisiones correctas. Ya incluso el camino de la concertación liderada por su Gobierno tiene las horas contadas, pues todos sabemos que los compromisos asumidos no se podrán cumplir. Hay que salir de la ilusión y entender que está entrando a un laberinto al que solo le quedará la renuncia como única salida.